

Marqués de Coupigny para reunirnos y emprender juntos un nuevo ataque. ¿Estás al tanto de lo que digo? ¿Ves cómo no en vano ha mordido uno el cebó en Hollabrün, en Austerlitz y en Jena?

Efectivamente, la intención de nuestro General era reunirse con Coupigny; pero esto no se verificó hasta la noche del 17 al 18.

XVIII

Se nos acampó en un alto á espaldas de Menjibar, y supimos con gusto que aquella noche no haríamos movimiento alguno. Nuestro gozo, como nuestra fatiga, necesitaba descanso; necesitábamos dar desahogo al efervescente júbilo, no sólo renovando en la memoria todos los incidentes de la acción de aquel día, sino también refiriendo cuanto cada uno hizo y cuanto dejó de hacer para que la batalla fuese completamente ganada. Los suizos y los soldados de línea no estaban tan engreídos como nosotros los paisanos, que creíamos haber asistido á la más grande y gloriosa acción de los modernos tiempos. Mirábamos con desdén á los que quedaron de reserva, y al contarles lo que pasó, hacíamos subir á cifras fabulosas el número de franceses segados por nuestros cortadores sables en la refriega.

Largas horas pasamos sobre el campo saboreando los deliciosos recuerdos de tanta glo-

ria, que como dejos de un manjar muy rico nos renovaban el placer del vencimiento. La noche era como de verano y como de Andalucía, serena, caliente, con un cielo inmenso y una atmósfera clara, donde algo sonoro fluctúa, cuya forma visible buscamos en vano en derredor nuestro. Tendidos sobre la caldeada tierra á orillas del río, cuyas frescas emanaciones buscábamos con anhelo, entreteníamos las horas hablando, cantando ó haciendo eruditas disertaciones sobre la campaña tan felizmente emprendida. En un grupo se jugaba á las cartas, en otro se decía un romance de héroes ó de santos, en éste algunos cantaores echaban al vuelo las más románticas endechas de la tierra, pues desde entonces era romántica Andalucía; en aquél se narraban cuentos de brujas, y en algunos, finalmente, se dormía sin inquietud por el día venidero.

Nuestro D. Diego, siempre al arrimo de Santorcaz; Marijuán, yo y algunos más formábamos un grupo bastante animado, en el cual no cesó el ruido hasta muy alta la noche. Después de cantar, no escasearon los cuentos, acertijos y adivinanzas, y por último, la conversación recayó en tema de mujeres.

—Yo—dijo D. Diego con su natural ingenuidad,—me voy á casar. A todos les convidó á mi boda. «¿Y quién es la novia?» dirán ustedes. Pues sepan que no la he visto. Mi señora madre lo ha arreglado todo con otras dos señoras de Córdoba, y según me han dicho, es más bonita que el sol, aunque ahora da en la maña de no salir del convento.

—Será para cuando acabe la guerra, porque ahora no está el horno para bollos—dijo Marijuán.—Yo también voy á casarme con una muchacha de Almunia, que tiene siete parras, media casa y burro y medio de hijuela. También será cuando acabe la campaña, y á todos les convidó á mi boda. ¿Y tú, Gabriel, no piensas casarte?

—Pues yo, para no ser menos—contesté,—digo que cuando termine la guerra me casaré también. ¿Y con quién? diréis. Pues me caso con una condesa.

—¡Con una condesa!

—Sí, señores, con una condesa que posee todas estas tierras que estamos viendo y otras más allá, y tiene dos escudos con ocho lobos sobre plata y catorce calderos, con media cabeza de moro y un letrado que dice...

—*Toma casa con hogar y mujer que sepa hilar*—dijo Marijuán interrumpiéndome.—¿Pues no dice que se casa con una condesa? Será con alguna duquesa del estropajo. Pero dí, ¿en qué alcázares reales está tu novia?

—Este es un bobalicón que no sabe lo que se habla—observó D. Diego.—¡Lucida condesa será ella! Pues como os decía, muchachos, mi novia está muy desazonada esperando á que se acabe la guerra para casarse conmigo. Así me lo han dicho, y lo creo. Apuesto que estáis rabiando por saber quién es y cómo se llama; pero eso no lo he de mentar, porque mi señora madre y D. Paco me dijeron que si hablaba de esto antes de llegar la ocasión, me castigarían no dejándome montar en el potro.

¡Qué guapa es, señores! Sus ojos son dos luceros, como aquél grande y muy claro que está sobre el tejado de esa casa; su boca se compone de dos hojas de rosa; sus dientes hacen que todas las perlas echen á correr de envidia; sus mejillas son claveles abiertos, y cuando llora sus lágrimas son diamantes. Yo no la he visto más que en figura; porque han de saber ustedes que cuando fui á visitar á sus tías en Córdoba, me dieron un medalloncito con el retrato de la que ha de ser mi mujer, el cual retrato, por temor á que se me perdiera, lo he dado á guardar al Sr. de Santoreaz.

—Eso se parece—dijo uno de los oyentes,—á la historia de la princesa Laureola, por quien vinieron de la Meca los tres reyes moros, y dice el cuento que tenía los ojos de azabache ardiendo, la boca de flor de granado, y las orejas de caracolutos del mar. ¿Lo sabes tú?

—Eso está en el romance de la Reina mora, bruto. ¿Qué tiene eso que ver con la princesa Laureola?

—Yo sé el romance de la Reina mora—gritó D. Diego batiendo palmas.—¿Lo echo?

—Venga.

—No: el del *Barandal del cielo*, que es más bonito y habla de la Virgen—añadió el Condesito, gozoso de poder lucir sus habilidades.—Me lo enseñó mi hermana Presentación, que sabe veintisiete y los dijo todos arreo delante del señor Obispo de Guadix, cuando Su Ilustrísima paró en casa el mes pasado.

Y sin esperar á que le rogasen, el mayorazgo de Rumblar, con sonsonete de escuela,

voz agridulce y afeminados gestos, dió principio á la siguiente retahila:

Por el barandal del cielo
se pasea una doncella
blanca, rubia y encarnada,
que alumbra como una estrella.
San Juan le dice á Jesús:
¿quién es aquella doncella?
Nuestra Madre, buen San Juan,
nuestra Madre linda y bella;
la Virgen no viene sola:
ángeles vienen con ella;
no viene vestida de oro,
ni de plata, ni de seda:
viene vestida de grana...

Y como al concluir fuera acogida esta relación con una salva de aplausos, animóse el recitador y nos endilgó otra, no menos famosa, que empezaba:

Allá arriba en aquel alto
hay una fuente muy clara,
donde se lava la Virgen
sus santos pechos y cara...

—¡Basta de romances!—exclamó de improviso Santorcaz, asustándonos á todos con su interrupción.—Eso es cosa de chiquillos, y no de hombres formales. ¿No sabe usted más que eso?

—Sé muchos más—dijo tímidamente el joven.—D. Paco me ha enseñado muchos, y me los hace aprender de memoria para que los diga en las tertulias.

—¿Y nada más le ha enseñado á usted ese Sr. D. Paco, á quien desde el primer momento tuve y diuté por un gran zopenco?

—También me ha enseñado Historia, sí señor. Y sé lo de nuestro padre Adán y aquello de Alejandro cuando fué á dar batallas á los persas como ahora vamos nosotros á dárselas á los franceses.

—¿Y nada más?

—¡Tomal también latín; pero mi señora madre mandó que no me atarugasen la cabeza de latín, puesto que no era necesario; y por último, D. Paco dijo que con saber un poquito de *Musa musæ* bastaba.

—¿Y qué libros ha leído usted?

—Nada más que la *Guía de Pecadores*, donde está aquello del Infierno. Es libro muy feo, y mi señora madre no me dejaba leer más que lo del Infierno, que da mucho espanto y sueña uno con ello. Pero mi señora madre tiene otros libros en el cofre, y cuando iba á misa, yo con mucha cautela los sacaba para leerlos. Uno se titula *La farfulla, ó la cómica convertida*, novela escrita por un fraile de mínimos, y otra, *Princesa, ramera y mártir, Santa Afra*. Ambos libros son muy bonitos, y traen un aquel de amores y besos, que me daba mucho gusto cuando á escondidas los leía yo.

Santorcaz sonreía. Después de una pausa, dijo con cierta petulancia:

—¿De modo que no ha leído usted la *Enciclopedia*?

—¿Qué es eso?

—La *Cincopedia*—gritó uno.—¡Eh! ¿sabes tú á dónde cae la *Cincopedia*?

Esta palabra, que adquirió fortuna aquella noche, fué pasando de boca en boca, y más de cien la repitieron entre zumbas y chacota.

—Veo que sois unos animales—dijo Santorcaz un poco avispado.—De todos modos, señor D. Diego, la educación que usted ha recibido no puede ser más deplorable en un joven mayorazgo, que por lo mismo que ha de sobresalir entre los demás en la sociedad, debe cultivar su entendimiento.

—A ver, amigo—indicó Rumblar,—hábleme usted de esas cosas que me gustan. Todo lo que usted me decía anteayer, cuando íbamos de camino por aquí, me tenía encantado, y le juro que si no estuviera en visperas de casarme y fuera preciso seguir con ayo, le diría á mi señora madre que me le pusiera á usted en lugar de D. Paco, el cual bien se me alcanza que no me ha enseñado más que gansadas y tonterías.

—Pues repito que un joven destinado á ocupar tan alta posición en el mundo, debe saber algo más que el romance del *Barandal del cielo*. Verdad es que, ó mucho me equivoco, ó todo eso de los mayorazgos se lo llevará la trampa, y tarde ó temprano se pondrán las cosas de manera que cada cuál sea hijo de sus obras.

—Así debe ser—añadió Marijuán.—¿No somos todos hijos de Dios?

—Vengan acá y respondan—dijo Santorcaz, excitando la curiosidad de sus oyentes.—¿No

les parece que el mundo está muy mal arreglado? Abriéronse varias bocas con estupefacción, y no se oyó ninguna respuesta.

—Pues yo, que no he leído ningún libro—afirmó al fin uno de los circunstantes,—digo que Dios tiene que volver á hacer el mundo, porque eso de que se lo lleve todo el que primero salió del vientre de la madre, y los demás se queden bailando el pelao, no está bien. Mi hermano el mayor, sólo porque le dió la gana de nacer antes que yo, tiene tres dehesas y dos casas; y los demás... uno hubo de meterse fraile, otro se fué al Perú, otro está muerto de hambre en un hospital de Sevilla, y yo, señores, tuve que meterme en el contrabando para que no se me helara el cielo de la boca.

—Oye tú, Marijuán—dijo otro,—¿sabes lo que contaban en Sevilla? Pues que la Junta se iba á poner de compinche con las otras Juntas para ver de quitar muchas cosas malas que hay en el gobierno de España, lo cual podemos hacer nosotros, *sin necesidad de que vengan los franceses á enseñárnoslo* (*).

—Así ha de ser—observó Santorcaz.—Me han dicho que en Sevilla hay sociedades secretas.

—¿Qué es eso?

—Ya sé—replicó uno.—Tiene razón Don Luis. En Sevilla hay lo que llaman *flamasones*, hombres malos que se juntan de noche para hacer maleficios y brujerías.

(*) Palabras textuales de la Junta Suprema de Sevilla.

—¿Qué estás diciendo? No hay tales maleficios. Mi amo iba también á esas Juntas, y cuando su mujer se lo echaba en cara, respondía que los que allí iban entraban al modo de filósofos, y no hacían mal á nadie.

—Pues en Madrid las sociedades secretas están todavía en la infancia—añadió Santorcaz.—En Francia las hay á miles, y todo el mundo se inscribe en ellas.

—Pues si voy á Madrid—dijo con énfasis el mayorazguito,—lo primero que haré será meterme en una de esas sociedades, donde sin duda se han de aprender muy buenas cosas. ¿No es verdad, D. Luis? Yo no tengo nada de torpe: me lo conozco, sí, señores. ¿Creerá usted, señor de Santorcaz, que eso que usted ha dicho de los mayorazgos se me había ocurrido á mí muchas veces cuando jugaba en el patio de casa con las gallinas? Pero ya que me enseña usted lo que ignoro, contésteme á una duda: ¿por qué tenemos nosotros en nuestras casas tantos papelotes llenos de garabatos, y por qué usamos esos escudos con sapos y culebras? El de mi casa tiene cuatro lagartos y un tablero de ajedrez con dos calderitos muy monos.

—Si esos signos representan algo—repuso Santorcaz,—es referente al primero que los usó, á sus hazañas, si las hizo, ó á sus privilegios, si los tuvo; pero hoy, amiguito, tales pinturas no valen de nada, y dentro de algunos años, los que las posean sin dinero, serán unos pobres pelagatos, á quienes nadie se arrimará, así como todo aquél que haya hecho una fortuna con su trabajo ó descuelle por su talen-

to, será bien quisto en el mundo, aunque no tenga ni un adarme de lagartija en su escudo.

—¿De modo—preguntó el mozalbete,—que yo seré un pelagatos, si llevo á perder mi patrimonio ó soy un bruto? Esto sí que es bueno.

—Nada, nada—dijo uno.—Fuera mayorazgos, y que todos los hermanos varones y hembras entren á heredar por partes iguales.

—Eso no puede ser—observó Marijuán,—porque entonces no habría las grandes casas que dan lustre al reino.

—Eso no puede ser—afirmó un tercero.—Pues qué, ¿el Rey iba á ser tan tonto que quitara los mayorazgos? Nada, nada: los dejará siempre por la cuenta que le tiene.

—Es que si el Rey no quiere quitarlos, no faltará quien los quite,—añadió Santorcaz.

Todos se rieron al oír sostener la idea de que existe alguna voluntad superior á la voluntad del Rey.

—¿Cómo puede ser eso? Si el Rey no quiere... ¿Hay quien esté por cima del Rey? El Rey manda en todas partes, y digan lo que quieran, no hay más que su sacra real voluntad. ¡Muchachos, viva Fernando VII!

—Pero vengan acá, zopencos—dijo Santorcaz.—¿Dicen ustedes que nadie manda más que el Rey?

—Nadie más.

—Y si todos los españoles dijieran á una voz: «queremos esto, señor Rey; nos da la gana de hacer esto,» ¿qué haría el Rey?

Abriéronse de nuevo todas las bocas, y nadie supo contestar.

XIX

—Gaznápiros, animales, si estáis probando lo que digo—añadió con energía D. Luis.—Lo que pasa en España ¿qué es? Es que el Reino ha tenido voluntad de hacer una cosa y la está haciendo, contra el parecer del Rey y del Emperador. Hace tres meses había en Aranjuez un mal Ministro, sostenido por un Rey bobo, y dijísteis: «No queremos ese Ministro ni ese Rey,» y Godoy se fué y Carlos abdicó. Después Fernando VII puso sus tropas en manos de Napoleón, y las autoridades todas, así como los generales y los jefes de la guarnición, recibieron orden de doblar la cabeza ante Joaquín Murat; pero los madrileños dijeron: «No nos da la gana de obedecer al Rey, ni á los Infantes, ni al Consejo, ni á la Junta, ni á Murat,» y acuchillaron á los franceses en el Parque y en las calles. ¿Qué pasa después? El nuevo y el viejo Rey van á Bayona, donde les aguarda el tirano del mundo. Fernando le dice: «La corona de España me pertenece á mí; pero yo se la regalo á usted, Sr. Bonaparte.» Y Carlos dice: «La coronita no es de mi hijo, sino mía; pero para acabar disputas, yo se la regalo á usted, Sr. Napoleón, porque aquello está muy revuelto y usted solo lo podrá arreglar.» Y Napoleón coge la corona y

se la da á su hermano, mientras volviéndose á ustedes, les dice: *Espanoles, conozco vuestros males y voy á remediarlos.* Pero ustedes se encabritan con aquello, y contestan: «No, camarada, aquí no entra usted. Si tenemos sarna, nosotros nos la rascaremos: no hay más Rey de España que Fernando VII.» Fernando se dirige entonces á los españoles y les dice que obedezcan á Napoleón; pero entre tanto, muchachos, un señor que se titula alcalde de un pueblo de doscientos vecinos, escribe un papelucho, diciendo que se armen todos contra los franceses: este papelucho va de pueblo en pueblo, y como si fuera una mecha que prende fuego á varias minas esparcidas aquí y allí, á su paso se va levantando la Nación desde Madrid hasta Cádiz. Por el Norte pasa lo propio, y los pueblos grandes, lo mismo que los pequeños, forman sus Juntas, que dicen: «No: si aquí no manda nadie más que nosotros. Si no reconocemos las abdicaciones, ni admitiremos de Rey á ese D. José, ni nos da la gana de obedecer al Emperador, porque los españoles mandamos en nuestra casa, y si los reyes se han hecho para gobernarnos, á nosotros no nos han parido nuestras madres para que ellos nos lleven y nos traigan como si fuéramos manadas de carneros...» ¿Estamos? ¿Lo comprendéis? Pues esto, ni más ni menos, es lo que está pasando aquí. Y ahora contéstenme los alcornoques que me oyen: ¿quién manda, quién dispone las cosas, quién hace y deshace, el Rey ó el Reino?

El estupor que produjeron estas palabras

reveladoras en el atento concurso, compuesto de muchachos rudos ó ignorantes, pero de gran viveza de imaginación, fué tan extraordinario, que por un corto rato no se oyó la más insignificante voz, señal cierta de que las ideas vertidas por Santorcaz, entrando de improviso en los oscuros cacúmenes de sus oyentes, habían armado allí gran zipizape y polvareda, dejándoles aturdidos, confusos y sin palabra. El primero que rompió el silencio fué Rumblar, diciendo:

—Todo eso está muy bien dicho. ¿Creeréis que hace días me ocurrió una idea parecida cuando estaba cazando moscas y poniéndoles rabos en cierta parte, para que al volar hicieran reír á mis dos hermanas, que estaban rezando? Sólo que yo no sabía cómo decir aquello que pensaba.

—Sí, señores, ¡vivan las Juntas!—exclamó uno, levantándose.—Yo me sé de memoria aquel papel que echó á la calle la de Córdoba, diciendo... Oiganme: «¡Cordobeses: los reinos de Andalucía se ven acometidos por los asesinos del Norte; vuestra patria va á ser oprimida bajo el yugo de un tirano; vosotros mismos seréis arrancados de vuestros hogares y de vuestras casas. Cuarenta argollas está labrando el lascivo Murat para conducirnos al Norte como á los animales más inmundos... ¡Soldados, gemid de rabia y furor!... Doce millones de hombres os están mirando y envidiando vuestra gloria, y aun la Francia misma ansía por vuestros triunfos.»

Ruidosos aplausos y gritos acogieron esta

proclama, fielmente recitada con dramáticos gestos por el muchacho.

—Pues si los españoles—continuó luego Santorcaz,—pueden hacer lo que están haciendo, ¿no pueden también decir el día de mañana: «Vamos, no queremos que haya más Inquisición, ni más vinculaciones...?» pongo por caso... O que digan: «En lugar de mil conventos, que haya tan sólo la mitad, con lo cual basta y sobra,» ó «no me da la gana de que haya diezmos...»

—Eso sí que estaría bueno—dijo Marijuán.—Pero si todos los españoles van á hacer eso, y cada uno empieza á tirar por su lado diciendo lo que quiere, se armará un laberinto tal que no podrán entenderse.

—Vaya unos zotes—añadió Santorcaz.—Pero venid acá: ¿no veis que hay en Sevilla una Junta, que es la que dispone? ¿No veis que hay otra en Granada, otra en Córdoba y otra en Málaga, etc.? Pues en lugar de todas esas Juntas pequeñas que gobiernan en cada pueblo, ¿no puede haber una muy grande que se reúna en Madrid y acuerde lo que se ha de hacer?

Miráronse los oyentes unos á otros, y los monoslabos de aquiescencia y de admiración corrieron de boca en boca, demostrando la prontitud con que aquellas juveniles inteligencias desplegarán sus alas, aún entumecidas y vacilantes, para intentar describir los primeros círculos en el espacio del pensamiento.

—Estas conversaciones me enamoran—dijo el Condesito de Rumblar.—Me estaría toda la

noche oyendo á este hombre, sin cansarme. Ya, ya voy aprendiendo muchas cosas que no sabía.

Así aquella fantasía encerrada en el capullo de una educación mezquina, agujeraba con entusiasmo su encierro, porque había vislumbrado fuera alguna cosa que tenía la fascinación de lo nuevo. Así aquel germen de pasión y de inteligencia, guardado en un huevo, se reconocía con vida, se reconocía con fuerza, y empezaba á dar picotazos en su cárcel, anhelando respirar fuera de ella otros aires, y calentarse con calores más enérgicos. Así aquella ceguera abría sus párpados, gozándose en la desconocida luz.

La conversación terminó en el punto en que la he dejado, porque la noche estaba muy avanzada y casi todos empezaron á rendirse al sueño, excepto el mayorazguito, cuyo des-pabilamiento era casi febril. Largo tiempo continuaron él y Santorcaz hablando en diálogo animadísimo, como si discutieran planes y expusieran proyectos de gran transcendencia para los dos. Yo me aparté del grupo, fingiendo retirarme á dormir; pero con ánimo de satisfacer una imperiosa exigencia de mi alma, que á veces me pedía soledad y meditación. Todos los ruidos habían cesado en el campamento: las guitarras y castañuelas, así como las cajas y las cornetas, estaban mudas, porque el ejército dormía. Lejos del grupo de mis amigos, echéme sobre el suelo, aguardando la aurora, sin poder ni querer cerrar los ojos; y allí me puse á meditar sobre lo que desde mi

salida de Madrid había visto y oído. ¡Cuántas personas nuevas para mí había encontrado en aquella breve jornada de mi vida! ¡Con cuánto afán, meditando á solas y mirándolas al lado, preguntaba á los caminantes si tenían alguna noticia de lo que me reservaba el destino! De todas aquellas personas, ninguna estaba tan enérgicamente fija en mi pensamiento como Santorcaz, hombre para mí incomprendible y sospechoso, y que empezaba á inspirarme secreta antipatía, sin que acertara á explicarme por qué.

XX

Al siguiente día hicimos un movimiento por la orilla izquierda, río arriba, hasta un punto mucho más alto que Menjíbar. Nada entendíamos; pero Santorcaz, ó por petulancia ó porque realmente había penetrado la intención de Reding, nos dijo:

—Nuestro General sabe lo que se hace, y es hombre que conoce la filosofía de las marchas.

Después de detenernos á orillas del Guadalimas, parte del ejército se entretuvo en marchas incomprensibles, y empleando en esto más de un día, nos encontramos de nuevo sobre Menjíbar al anoecer del 18, punto al cual había llegado horas antes la división del Marqués de Coupigny. Reunidos ambos ejércitos, no hubo allí más parada que la precisa